



Warwick Castle: the East Front / 1746-9. Oil on canvas, 73 x 122 cm.

La muerte del otro

Agustín Monsreal*

Cada mujer posee un espacio infinito que ignoro. Cuando estábamos en el café, un aguacero imprevisto, rápido, derramó su bendición y ahuyentó durante unos minutos el calor vespertino. Estimulado quizá por la lluvia, que no tiene edad, afirmé al azar que las cosas son como son y no hay vuelta de hoja. Más tarde, mientras fumábamos apaciblemente fatigados y comenzaban a volverse fragmentos de reminiscencia las llamadas, el ímpetu jactancioso, los aromas de nuestro encuentro incanjeable en un cuarto de *El Nirvana*, la güera Imelda me refirió una historia —desmesurado plagio de la realidad o humilde fantasía—, no sé si porque ya teníamos mucho rato callados, porque necesitaba aliviar de remordimientos a su corazón o porque quiso proponer otra posibilidad a mi terco axioma de horas antes en el café: las cosas son como son, sí... pero en ocasiones son también de otra manera.

En el diario *La Voz Libre*, de Montevideo, Uruguay, el veintisiete de marzo se dio, escueta, la noticia:

“A las ocho horas de ayer un individuo de entre treinta y cinco y cuarenta años de edad fue arrollado por un automóvil en la avenida San José. No obstante los esfuerzos médicos, falleció en el hospital de la Cruz Roja a consecuencia de las lesiones sufridas.”

En una edición posterior, se informaba:

“El hombre atropellado ayer en la avenida San José fue identificado. Se trata de quien en vida llevó el nombre de Jesús Aceves Lunario, especialista mexicano que arribó a Montevideo el pasado veintiséis de febrero para proporcionar asesoría técnica en diferentes operaciones de telecomunicación del aeropuerto de esta ciudad. El cuerpo ya fue depositado con las autoridades de la Embajada Mexicana, quienes se encargarán de trasladarlo a su patria y entregarlo a sus familiares.”

El hecho en sí no ofrece nada fuera de lo común, ¿no te parece? Son tragedias que por desgracia se repiten con demasiada frecuencia en cualquier parte del mundo. Aunque lo extraño, lo insólito de este caso —sigue contándome la güera Imelda, atenta a mis reacciones, fascinada con su narración— es que Aceves Lunario jamás viajó a Uruguay. Ajá, tal como lo oyes. El día de su muerte abandonó su domicilio, en la ciudad de México, para dirigirse a su trabajo en la torre de control del aeropuerto internacional. Y con todo y eso, su cadáver en efecto llegó procedente de Montevideo el treintauno de marzo. Acompañando el ataúd llegó una maleta desconocida llena de ropa desconocida, un libro roto y el par de zapatos negros que llevaba puestos el último día.

A uno pueden ocurrírsele muchísimas invenciones a propósito de lo ocurrido, es cierto; sólo que las evidencias son concretas y se localizan en las dos ciudades que intervienen en el episodio. Por una parte, en Uruguay existen documentos específicos que prueban el arribo de Aceves Lunario a esa nación, así como testimonios de gente que lo trató en el trabajo y en el hotel donde se hospedaba, de varios funcionarios de la Embajada Mexicana con los que sostuvo diferentes entrevistas y, en fin, de todas las personas que participaron de una o de otra forma en el suceso, desde el desdichado conductor del automóvil (quien asegura no haberlo visto sino hasta después de que ocurrió el impacto), hasta los camilleros de la ambulancia que lo recogió, los doctores y enfermeras que lo atendieron y los oficiales de policía que dieron fe del percance. Todas estas constancias, si te fijas bien, nos llevan a una irrefutable y única conclusión: Aceves Lunario de veras pasó el último mes de su existencia en la capital uruguaya.

Por otra parte, sin embargo, en la ciudad de México se encuentran asimismo pruebas irrefutables y declaraciones fidedignas de quienes convivieron con él. Para empezar, su esposa, Estela Noriega, quien afirma que Jesús no estuvo fuera de la ciudad en lo absoluto, y que el supuesto día del deceso partió de su casa a las nueve de la mañana, igual que siempre, rumbo a la torre de control. Otros miembros de la familia (sus padres, hermanos, parientes políticos) avalan este dicho, y sus compañeros de trabajo en el aeropuerto (quince personas en total) no admiten la menor posibilidad de que haya dejado el país, ya que mantuvieron un trato directo con él, de ocho a

diez horas diarias, en el transcurso del último mes. Ahora, por lo que toca a las oficinas migratorias, éstas no consignan un solo documento que notifique de su viaje al extranjero.

Por supuesto, nadie ha querido dar marcha atrás en sus aseveraciones, a pesar de que hubo quienes dudaron de su propia cordura cuando el féretro fue bajado del avión que lo trasladó. En un principio, la noche en que un funcionario de la Embajada le habló por teléfono a la esposa del difunto para informarle de lo sucedido, Estela todavía creyó que se trataba (tenía que tratarse) de una infortunada equivocación, y de una arbitraria coincidencia el hecho de que Aceves Lunario hubiese desaparecido a raíz de que se despidió de ella la mañana del veintiséis de marzo. Con la incertidumbre apretada en el alma, Estela y sus familiares acudieron al aeropuerto el día treintauno, y el espanto y la perplejidad se apoderaron de todos. Había terminado la duda, y concluía también la esperanza.

(Claro que era él, Jesús, no había margen para la duda o el error, por más que resultase inconcebible. Una suerte de horror sagrado ante esa licencia de lo absurdo, ante la fatalidad de lo inexplicable, los sobrecogió, pero la incredulidad cedió pronto ante el dolor. Estela viéndolo a él sin que él la viera, como si lo mirara dormir, y también como si mirara a otro, un extraño desolado, con los rasgos de Jesús, aunque con la expresión distinta, distante, los ojos vanos, apagados injusta, irremediable, irrecuperablemente, una expresión de ausencia que no le pertenecía, que no era de él, que no era ya de nadie, ajeno a las palabras, las sonrisas, las caricias aprendidas a lo largo de los años, tocar su cara, besarlo, llenarlo de mimos, ya no, ya ni el llanto, ni las lágrimas infelices que caían sobre su rostro servían de nada.)

Junto con las numerosas manifestaciones de pena, de rabia, de azoro, se multiplicaron las pesquisas y diligencias, las preguntas, las conjeturas, la afanosa búsqueda de una mínima explicación que hiciera luz en el problema fundamental, que

A uno pueden ocurrírsele muchísimas invenciones a propósito de lo ocurrido, es cierto; sólo que las evidencias son concretas y se localizan en las dos ciudades que intervienen en el episodio.

verificara, que sustentara el acontecimiento, pero cómo podía nadie saber a qué ley secreta obedecía aquella muerte turbia, cómo podría alguien conocer las respuestas que acaso ni el muerto mismo logró siquiera intuir. Se trataba, sin lugar a dudas, de una de esas puertas que no consiguen abrirse con la llave de la razón.

Tiempo después, Estela aún pensaba en una pesadilla de la que habría de despertar; aún evocaba, incapaz y dolorida, al ser con quien decidió compartir sus momentos de ternura, de exaltación, de silencio, y que hoy era sólo quietud, distancia, un vacío empezando a amoldarse a los confines de la eternidad. Cuando su mente, por fin, alcanzó a despejarse de la espantosa impresión, pudo acordarse de que aproximadamente un mes antes del fallecimiento de Jesús (cabe suponer que haya sido la fecha exacta de su arribo a Uruguay), él le dijo durante el desayuno que había soñado, aunque más que sueño había sido una

Nadie sabe, aunque nos dé por ensayar suposiciones, interpretaciones, hipótesis verosímiles y razonables con respecto a las insidias del destino.

especie de recuerdo que se recuerda, que se hallaba en la torre de control del aeropuerto de Montevideo. Se les hizo curioso que precisara de qué aeropuerto se trataba, pero no le concedieron mayor importancia al asunto y lo olvidaron. Y el último día que estuvo a su lado (el veintiséis de marzo), le comentó que mientras se bañaba (a las ocho de la mañana) un rayo de sol que entró por la ventana lo cegó por un instante, y de inmediato sintió algo semejante a un golpe brutal en la nuca, y una punzada muy intensa en la columna vertebral, gritó sin escuchar su grito, y en seguida lo acometió un ligero mareo que su memoria registraba como un profundo desvanecimiento, una caída brusca en la más profunda oscuridad. Tenía el semblante opaco, taciturno, y las pupilas entristecidas, sin brillo. Estela se preocupó un poco y le recomendó que fuera con el médico. Una hora más tarde, Jesús se despidió de ella con un beso breve —sus labios estaban muy fríos— y salió de su casa con un libro de álgebra en la mano para dirigirse al aeropuerto, ¿a trabajar como de costumbre?, ¿a abordar un avión

hacia Montevideo?

El sueño, habrás podido darte cuenta, coincide con la llegada a Montevideo, y el malestar en el cuarto de baño con el atropellamiento. ¿Qué quiere decir esto? ¿Que en el transcurso del sueño Aceves Lunario llegó a la capital uruguaya, en tanto su cuerpo continuaba viviendo en México, y que cuando en el sueño lo arrolló un automóvil, su cuerpo se materializó en el sitio del accidente? Acuérdate que el conductor alega en su defensa que *no vio* a la víctima, y que Jesús murió al mismo tiempo que dejaba su casa. (¿Qué hizo a lo largo de ese mes solitario?, ¿con quiénes habló?, ¿pensó en ella?, ¿por qué no se comunicó ni una sola vez?, ¿qué hacía por las noches, se iba directo al hotel o iba a divertirse a algún lugar?, ¿anduvo de compras, fue al cine, a fiestas, a tomar una copa con alguien?, ¿cómo se sentía en esa ciudad que no era la suya?, ¿se sabía extranjero?, ¿presintió algo, alcanzó a darse cuenta de lo que le sucedía?) ¿Qué fue lo que ocurrió en realidad? Si es que en este caso existe la realidad, al menos tal como creemos que la conocemos, pues en fin de cuentas nada es como uno cree que es. Nadie sabe, aunque nos dé por ensayar suposiciones, interpretaciones, hipótesis verosímiles y razonables con respecto a las insidias del destino.

—A ver, ¿tú que opinas del asunto, Guty? —me interrogó la güera Imelda con expresión de querer encontrar una rendija por dónde fugarse de este mundo, o por dónde encontrarle sentido a las cosas de este mundo. Y yo, que jamás estoy donde debo estar, ni estoy seguro siquiera de mi mortalidad, me le quedé mirando impassible unos segundos y al cabo le respondí, vaga, críticamente, que la vida es uno de los infinitos enigmas que no entiendo. Otro, es la mujer.

* Agustín Monsreal, Mérida, Yucatán (1941). Inició su carrera literaria publicando en el volumen colectivo *22 Cuentos 4 Autores* (Punto de Partida, UNAM, 1970). Fue becario del Centro Mexicano de Escritores en el periodo 1971-1972. En 1982 fue galardonado en el XIV Certamen Nacional de Periodismo por su columna "Tachas" del periódico *Excélsior*. En 2008, la ciudad de Mérida le rindió homenaje dedicándole La Feria Municipal del Libro. En 2009, el H. Congreso del Estado de Yucatán le entregó la medalla Héctor Victoria Aguilar, máxima preseña que se otorga a nombre del pueblo yucateco. Entre sus obras más recientes están: *Diccionario al desnudo* (Varia invención, 2009); *Desde el vientre de la ballena* (Cuento, 2010); *Los ángeles enfermos* (Cuento, 2011). En el diario *Excélsior* ha escrito columnas de cuento semanal; ha publicado en las revistas y los suplementos literarios más importantes del país; ha sido incluido en más de 35 antologías tanto de poesía como de cuento y su obra se ha traducido a varios idiomas. Durante su trayectoria literaria, ha recibido diversos Premios y distinciones. Miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte en las emisiones: 1994, 1997, 2003 y 2006. En la ciudad de Mérida se instituyó, desde 1995, el Premio de Cuento Agustín Monsreal.